



# De la bipolaridad al fracaso de la unipolaridad

From Bipolarity  
to the Failure of Unipolarity

**CARLOS ALBERTO PATIÑO VILLA**

Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana.  
Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá -  
Colombia. Correo electrónico: capvsm@gmail.com

**Recibido:**  
12 de enero de 2011  
**Aprobado:**  
25 de marzo de 2011



## Resumen

Desde un análisis histórico político en el campo de las relaciones internacionales se muestra que después de la Posguerra Fría, la reconocida potencia global de los Estados Unidos no ha bastado para crear un “nuevo orden internacional”, y por el contrario, ha abierto una competencia geopolítica en la que han aparecido un grupo importante de potencias, de sociedades de gran tamaño y de juegos políticos que están más allá de la comprensión del mundo occidental. En este contexto, a pesar de su poderío económico y militar, Estados Unidos precisa la necesidad de crear una estructura diplomática activa que le permita construir consensos para actuar internacionalmente, dado que las acciones unilaterales generan acciones aisladas fácilmente convertibles en objeto de crítica y animadversión de los opositores a este poder en solitario.

### Palabras clave:

Posguerra Fría; relaciones internacionales; geopolítica; tensiones internacionales; conflicto internacional.

## Abstract

From the perspective of a historical political analysis in the International Relations' field, it is shown that after the Post Cold War Era, the well-known global power of the United States has not been enough to create a “new international order”, and on the contrary, it has opened a geopolitical competition in which an important group of powers have appeared, along with large size societies and political games which are beyond the Western world's understanding. In this context, despite of its economic and military power, the United States requires the need to create an active diplomatic structure that allows it to build a consensus in order to be able to act internationally, provided that unilateral actions create isolated actions easily, which could easily become the target of critics and the opponents' animadversion against the United States' lonely power.

### Key words:

Post Cold War Era; International Relations; Geopolitics; International tensions; International conflict.

En muchos medios de comunicación de alcance internacional se puso de moda, desde mediados de la década de 1990, blandir lemas y posturas anti-norteamericanas, basadas sobre el supuesto de que los Estados Unidos que salieron de la Guerra Fría eran básicamente un imperio, quizá de nuevo cuño, pero imperio finalmente.<sup>1</sup> Sin embargo, los hechos han demostrado que si bien los Estados Unidos se han convertido en un Estado y una sociedad con gran poder acumulado e imbatible liderazgo económico junto con un incomparable poder militar, no pueden actuar solos de forma permanente, ni mucho menos actuar como un superpoder que da orden al mundo en solitario. Los Estados Unidos requieren de un orden internacional fuerte, en donde la defensa de la seguridad internacional signifique de forma directa la defensa de la propia seguridad, tal y como lo ha venido señalando Zbigniew Brzezinski en diversos trabajos, especialmente en el titulado *El gran dilema* (2005). Dicho de otra forma, lo que parecía ser un poder inalcanzable, e incluso que podría dirigir y gobernar al mundo prácticamente en solitario, en realidad es un poder que por su propio tamaño, objetivos y alcances requiere crear una estructura diplomática activa que le permita construir consensos para actuar internacionalmente, dado que las acciones unilaterales generan acciones aisladas fácilmente convertibles en objeto de crítica y animadversión de los opositores a este poder en solitario.

Esta situación es la que se ha desprendido de las acciones aventuradas que los EEUU emprendieron con las guerras de Irak y Afganistán, en las que el principal resultado fue el aislamiento progresivo del gobierno de G. W. Bush y el dejar una herencia difícil de asumir para su sucesor, el presidente Barack Obama, pues el unilateralismo con el que se le asoció en los ámbitos públicos e internacionales le limitó las posibilidades de obtener consensos y ejecutar acciones multilaterales. Pero más allá de esta situación coyuntural asociada a la política exterior de EEUU, especialmente en el período 2001-2008, lo que ha venido surgiendo es una estructura multipolar, tal como la identificó tempranamente Henry Kissinger (1994), pues el mundo parece estar de regreso a períodos en donde el acuerdo directo entre Estados es indispensable para ejecutar políticas internacionales. En este contexto es necesario reconocer que los grandes países dotados con Estados fuertes que han sobrevivido más allá de la Guerra Fría, han ido reclamando un lugar prominente en el mundo contemporáneo, recomponiendo sus acciones geopolíticas y políticas de defensa, renovando sus armamentos y redefiniendo sus intereses nacionales.

---

1 Esta percepción pública sobre los Estados Unidos dio lugar a la publicación de numerosos trabajos, ya fueran libros, artículos, o notas de prensa. Entre los principales libros publicados que representan diferentes puntos de análisis se encuentran: Ferguson (2005); Bacevich, (2003); Nye, (2003).

Dos interpretaciones que van en este sentido son las de Fareed Zakaria, principalmente en su libro *The Post-American World* (2008), y la de Richard Haas: uno es el libro titulado *War of Necessity, War of Choice. A Memoir of Two Iraq Wars* (2009), que está precedido por el artículo publicado en julio de 2008, titulado *La era de la no polaridad*. Cada uno de estos autores, a su estilo, sostiene que lo que se está presentando es una dispersión de los factores que generan poder entre los Estados y en la política internacional, y en esta dispersión se está produciendo un cambio de fondo que apunta a que los Estados abrirán nuevas áreas de competencia entre ellos, a la vez que tendrán que luchar contra organizaciones no estatales que vienen ganando terreno abiertamente en el ámbito internacional, antes solo reservado para los primeros. Zakaria es un poco más contundente y sostiene abiertamente que lo más novedoso en el siglo XXI es el surgimiento de lo que él llama “el resto del mundo no occidental”, y de cómo, contrario a las percepciones que los medios difunden diariamente, el crecimiento económico de muchos países está comenzando a crear órbitas de disputa directa con los Estados Unidos.

Entre los Estados que hoy han tomado un lugar preeminente en la política internacional se encuentran dos grupos: el primero es el conformado por aquellos que por su importancia y reconocida influencia geopolítica, se convierten en actores incuestionables de la política internacional; y segundo está compuesto por aquellos que, siendo denominados “emergentes”, han conseguido en las últimas décadas, especialmente desde los años de la década de 1990, obtener un poder significativo y una influencia creciente que los hace indispensables para lograr consensos y ejecutar políticas internacionales. Entre los primeros se encuentran los Estados Unidos; la Unión Europea, contada como estructura supra-Estatal; Japón; China; Rusia e India. Entre los segundos se encuentran Brasil, Sudáfrica, Irán, Turquía e Indonesia.

Pero las transformaciones de las tendencias geopolíticas e internacionales se han dado en un contexto de ruptura con las dinámicas de la segunda mitad del siglo XX. La disolución de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) significó un punto de quiebre y el inicio de un nuevo período histórico en donde las relaciones internacionales se caracterizan por la confrontación y el surgimiento de nuevas reglas de intercambio y presión entre Estados, sociedades y grupos de interés.

## La posguerra fría: el camino al vacío internacional

Con la disolución de la URSS, el 25 de diciembre de 1991, los Estados Unidos ganaron una competencia geopolítica que se libró en varios frentes: el económico, el armamentista y el científico. Una de sus principales características fue la división del mundo en bloques geopolíticos constituidos con base en alianzas ideológicas (Brzezinski, 2008). Esta competencia se inició en 1947 con las hostilidades abiertas por el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, contra la URSS, en la que utilizó el término *cold war*, para dar a entender que los acuerdos y las alianzas realizadas entre su predecesor Franklyn D. Roosevelt y José Stalin, el gobernante soviético, se rompían definitivamente.<sup>2</sup>

La disolución de la URSS generó varios escenarios inmediatos: el primero, y más obvio, era que dejaba a los EEUU como una superpotencia mundial, de alcance planetario y sin rivales. Esto trajo algunas paradojas geopolíticas: ¿debían los EEUU pasar a reasumir la antigua posición del aislacionismo, dado que desaparecía la posibilidad de una confrontación directa, nuclear específicamente, y que se abría un período de paz, libertad y prosperidad internacional, según la interpretación prevaleciente en los años posteriores a 1991?, ¿o deberían los EEUU pasar a convertirse en el gobierno global al que podían aspirar por su nueva posición dominante y por ser el centro de la nueva revolución industrial? Estas paradojas, propias de la construcción de la política exterior de los Estados fuertes, no fueron ni han sido resueltas completamente en las últimas dos décadas, y por el contrario, debe decirse que cada gobierno norteamericano que ha asumido el poder desde 1992 ha dado las respuesta que ha creído adecuadas, haciendo que la aparentemente estable política exterior de los EEUU haya sufrido diferentes bandazos (Brzezinski, 2005; 2008)<sup>3</sup>.

El segundo escenario que engendró la disolución de la URSS se caracterizó por la apertura de la competencia geopolítica en Europa Central, Europa Oriental y Asia Central. Esta competencia ya se venía dando por medidas políticas que el gobierno de Mijaíl Gorbachov había aprobado, como la transición política en Polonia, y la reunificación alemana, que fue promovida directamente por el dirigente soviético. Pero igualmente se desató una competencia por la reaparición de viejos

---

<sup>2</sup> Para una referencia completa sobre la Guerra Fría, véase Gaddis (2006).

<sup>3</sup> Un análisis geopolítico importante para comprender las transformaciones geopolíticas desde la órbita norteamericana, es el trabajo de Brzezinski (2000).

Estados desaparecidos, como los del báltico (Letonia, Estonia y Lituania), y la aparición de Estados en los territorios de los antiguos kanatos, ganados por Rusia en un largo período que se inició con la guerra de Crimea de 1853, hasta las llamadas guerras de Baluchistán, de finales de la década de 1920. Allí aparecieron o reaparecieron Estados tan diversos como conflictivos: Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Tayikistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Kazajstán, que hacían eco de la creación de otros Estados de Europa Oriental como Ucrania y Bielorrusia que surgieron después de la disolución del tratado de Belovesh (Poch de Felui, 2003).

Pero el final de la Guerra Fría también ha puesto de relieve una situación paradójica para las relaciones internacionales: si bien es cierto que de una parte desapareció una condición de competencia internacional que amenazaba de forma permanente con una confrontación bélica directa, o dicho de otra forma, con una guerra en caliente, también se desvaneció una condición de poder político que sirvió de contención a los conflictos internacionales, e incluso a la propagación de los conflictos internos que vivieron diferentes sociedades (Peñas, 1997). La contención de la Guerra Fría sirvió para establecer límites a las acciones violentas a la vez que predeterminaba las condiciones del cambio político en diferentes sociedades, Estados y continentes, haciendo que las disputas políticas, ya fueran de política interna o de política internacional, se delinearán de acuerdo con los presupuestos ideológicos y de modelos económicos que representaba cada potencia. Tal situación llevó incluso a contener la criminalidad global con mecanismos de persecución o de tolerancia en condiciones de permanencia en los sectores más desprotegidos de la política mundial. De esta forma se puede afirmar que la llamada *pax americana* de la segunda mitad del siglo XX fue ampliamente compartida con la antigua URSS. En esta dirección es importante destacar que al finalizar la Guerra Fría también acabó el siglo XX e inició un nuevo período de la historia mundial, pues la dinámica de la Posguerra Fría rompe con los presupuestos ideológicos que sustentaron la competencia entre los modelos económicos de las dos superpotencias.

La Guerra Fría, como lo ha señalado Peñas Esteban (1997) estuvo más cerca de la convergencia que de la confrontación total, y se impuso un modelo de gobernabilidad internacional basado en el realismo como consideración básica de los problemas internacionales, y en el pragmatismo como metodología para la toma de decisiones. Cuando finalizó este período fue evidente que sobrevino una nueva re-ideologización de la política internacional. Al respecto, se han desarrollado dos interpretaciones: por un lado, el mundo de la Posguerra Fría es de carácter pos-ideológico; y por el otro, este período se caracteriza por el dominio global de Estados Unidos como potencia victoriosa de la Guerra.

Los primeros antecedentes de la finalización de la Guerra Fría se registran en la década de 1970: primero, a comienzos de la década mencionada el gobierno de los Estados Unidos, presidido por Richard Nixon, y dirigido en política internacional por Henry Kissinger, estableció relaciones especiales con la República Popular China, de forma tal que estas relaciones llevaran a que esta China, y no la China Nacionalista, ocupara el puesto que le correspondía a este país en el Consejo de Seguridad de la ONU (MacMillan, 2008). Esta condición dejó, además, abiertas las puertas para que se iniciara una relación económica especial entre los dos países, lo que se convirtió en algo determinante después de la muerte de Mao Zedong y la llegada al gobierno de Deng Xiao-Ping, quien impulsó el modelo económico que ha permitido transformar a este país en un eslabón básico del siglo XXI (Marti, 2002).

Segundo, en 1978 comenzó una intensa movilización política que llevó a que entre enero y febrero de 1979 el ayatolá Jomeini tomara el poder en Irán, dando al traste con uno de los aliados más importantes de los Estados Unidos en Asia Central, el Sha Reza Pahlevi (January, 2007). La paradoja y la importancia de la revolución iraní la revela el hecho de que la mayoría de los analistas occidentales u occidentalizados de la época despreciaron la capacidad de supervivencia que pudiera tener un régimen basado en la construcción de un Estado teocrático, y con ello se negaron a comprender el papel que tendría Irán en el siglo XXI, creyendo que el tiempo le restaría importancia a este proyecto religioso-revolucionario.

Tercero, en 1970 los Estados Unidos protagonizaron un cambio tecnológico de profundas repercusiones económicas, políticas y sociales, que dio lugar a lo que algunos observadores suelen denominar la Tercera Revolución Industrial. Este cambio se produjo con base en el papel que las tecnologías informaciones generaron sobre los procesos de producción industrial, la comercialización y la creación de redes sociales que modifican gran parte de las formas tradicionales de relación. El principal cambio se ha dado en los aspectos relacionados con la difusión del conocimiento científico y con la creación de un nuevo entorno empresarial sustentado en tecnologías intensivas en información y en la comparación de datos y producción constante de información (Castells, 1997).

La Guerra Fría no permitió ver las consecuencias de estos acontecimientos que posteriormente han afectado el desarrollo del siglo XXI. Empero lo anterior, la Guerra Fría finalizó de la forma más imprevista posible: por la implosión del más agresivo de los competidores, la URSS, que era además el Estado que tenía menos presión interna para la toma de decisiones políticas, y el que jugaba más fríamente al realismo político internacional.

## Estados Unidos: de potencia victoriosa a Estado “neo-aislacionista”

Ante la caída del muro de Berlín, George H. W Bush aseguró que en las competencias internacionales solo se aceptarían las reglas del derecho internacional público reconocidas. Estas declaraciones marcaban, al parecer, el inicio de un período de optimismo, progreso económico y de finalización de las rivalidades geopolíticas globales. Esta interpretación parecía corroborarse con los hechos: la disolución de la URSS acababa con uno de los grandes protagonistas de las tensiones mundiales desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, el panorama de optimismo y paz global empezó a desvanecerse rápidamente: los problemas en Afganistán, Irán y su programa nuclear, los conflictos en África, las guerras de disolución de Yugoslavia, el naciente terrorismo internacional y transnacional, y otra serie de actividades internacionales empezaron a amenazar el ambiente internacional que se formaba en los espacios de la distensión global (Brzezinski, 2008). Ante este panorama, el gobierno de Bill Clinton, iniciado en enero de 1993 y el primero de la era de la Posguerra Fría, rápidamente privilegió imponer la esfera de la política interna sobre las demandas de la política internacional, y evitar con ello un desmoronamiento de su reelección al verse implicado en conflictos que la opinión pública norteamericana veía como ajenos.

Esta actitud de Clinton pronto parecía verse verificada en la desastrosa intervención estadounidense en Somalia entre 1993<sup>4</sup> y 1995, y con ella se confirmaba lo “prudente” que era irse hacia una posición “neoaislacionista” en política internacional, lo que necesariamente abrió la puerta para un debilitamiento creciente de la ONU, y la creciente pérdida de credibilidad de las instituciones y los acuerdos con los que se cerró la Segunda Guerra mundial y se abrió el orden internacional de la segunda mitad del siglo XX.

Pero la intervención en Somalia fue mucho más que solo una intervención desastrosa: indicó cómo se habían transformado las dinámicas internacionales en diferentes niveles. De esto se pueden desprender cuatro puntos:

---

4 El periodista Mark Bowden (2010) ha descrito con detalle el fracaso de la operación militar que la administración Clinton protagonizó en Mogadiscio en 1993, y deja planteado el fracaso que ello representó para la política exterior de los Estados Unidos.

Primero, la Posguerra Fría indicó que se estaba produciendo una retracción de la geografía estatal que se había consolidado desde el proceso de la descolonización que sobrevino al final de los imperios europeos en el siglo XX, especialmente en los escenarios de Asia y África.

Segundo, demostró que el prestigio norteamericano era contradictorio: era el Estado victorioso de la Guerra Fría, pero no era capaz de ganar las guerras luchadas contra grupos tribales mal armados, escasamente entrenados y pobremente equipados como los que enfrentó en Somalia, o contra ejércitos irregulares como los que fueron apareciendo articulados a las economías ilícitas que se globalizaron al mismo ritmo de los cambios tecnológicos y financieros globales. Esto permitió constatar que las fuerzas militares norteamericanas no estaban en capacidad ni de comprender, ni de actuar en circunstancias de Posguerra Fría, enviando la señal, a toda clase de grupos armados ilegales o con aspiraciones a tales, de que no existía una fuerza global de contención. Adicional a esto, el armamento del ejército de la antigua URSS entró al circuito internacional del tráfico ilegal de las armas, tal y como ya había sucedido con el ejército y el armamento de la República Democrática de Alemania después de 1989.

Tercero, los hechos de Somalia fueron tomados por la opinión pública y por los políticos estadounidenses como el establecimiento de un límite para la acción militar y política de mediano alcance, más que como un desafío estratégico para la que se suponía era la potencia hegemónica global.

Y cuarto, los organismos de inteligencia norteamericanos también dejaron entrever un patrón que se siguió de forma constante por lo menos hasta los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington: fueron reducidos, carecían de información actualizada, y perdieron a cientos de especialistas en diferentes áreas, quienes acumulaban cualidades académicas e información necesaria.<sup>5</sup>

La posición de Estados Unidos como presunta potencia global hegemónica que se auto-proyectaba sobre un neo-aislacionismo de facto (Scott, 1998) se confirmó a lo largo de la década de 1990 en otros acontecimientos en los que los Estados Unidos decidió arriesgar en muy poco su prestigio y su poder internacional. En 1994 no intervino de forma directa, y solo lo hizo de forma tardía en el

---

5 Existe una gran cantidad de análisis realizados sobre el desempeño y la eficacia de los organismos de inteligencia de los Estados Unidos, elaborados a propósito de los ataques del 11 de septiembre de 2001.

contexto de la reacción de la ONU, ante el genocidio en Ruanda, en el que los muertos se contaban por miles, dentro de un conflicto de carácter étnico, y que de alguna forma no era posible comprender no solo por políticos y medios de comunicación occidentales, sino por sus intelectuales más importantes, quienes aún estaban inmersos en explicar la implosión soviética y el desplazamiento del eje ideológico como elemento central de las disputas. Las dimensiones del genocidio ruandés son la demostración más evidente de cómo la gobernabilidad mundial alcanzada en la Guerra Fría había desaparecido y no podía ser reemplazada por el nuevo poder global.

Paralelo a este genocidio en Ruanda que se expandió al Congo y al fracaso en Somalia, en Afganistán se presentó una situación paradójica: apareció un ejército denominado *the talibs*, básicamente organizado por el ISI, el organismo de inteligencia militar de Pakistán, y que tenía por objeto llevar a los *pashtunes* islamistas radicales, principalmente a los educados en las mezquitas y madrazas pakistaníes, al poder en Kabul, para constituir un gobierno afgano propakistaní, que de inmediato se convertía en una política de internacionalización de la defensa de Pakistán contra la India, quizá sobre la base de un ambiguo concepto, el de la profundidad estratégica.<sup>6</sup> Lo más paradójico es que Pakistán, un Estado abiertamente teocrático, cuyos militares y políticos han sido continuamente hostiles a los Estados Unidos, era apoyado incondicionalmente por este último, aunque en la década de 1990 perdió interés en el Secretaría de Estado en favor de la India, lo que liberó momentáneamente las manos de los militares y los servicios de inteligencia para captar la importancia que adquiriría Afganistán en este contexto. Los Talibán, equipados con armamento donado por Pakistán, y financiados en gran parte por las monarquías musulmanes árabes, conquistaron casi todo el territorio de Afganistán, el que se encontraba dividido por diferentes ejércitos tribales desde la salida de los soviéticos en 1989.

Afganistán desapareció del panorama de los Estados Unidos bajo el gobierno de Clinton, y solo fue importante al momento de negociar el final de la guerra del Kargil entre India y Pakistán entre mayo y julio de 1999 (Lavoy, 2009). Posterior a esta guerra se presentó oficialmente la nuclearización de la India<sup>7</sup> y Pakistán<sup>8</sup>, lo

---

6 Uno de los principales expertos mundiales sobre los Afganistán y que ha dado a conocer internacionalmente quiénes son los "talibán", es el periodista pakistaní Ahmed Rashid (2001; 2009).

7 Al respecto del poder nuclear de India y su concepción de uso estratégico por parte de militares y políticos indios, véase Sarma (2009).

8 Sobre las armas nucleares de Pakistán, su capacidad y la seguridad internacional que este Estado puede brindar sobre las mismas, véase Singh (2008).

que introdujo un nuevo elemento de desestabilización y limitación de la acción norteamericana.

Pero quizá lo más importante que dejó en claro el limitado alcance de la política exterior norteamericana en la Posguerra Fría, fue el conjunto de guerras de disolución de Yugoslavia, que sacudían el territorio de Europa Central, con la combinación de una guerra civil clásica con amplia participación internacional, como lo dejó en claro la postura austro-alemana a favor de Croacia, con las más descarnadas características de la guerra étnica, en la que la limpieza étnica no era una consecuencia del descontrol de los combatientes, sino parte de un ideario político que se afincaba en justificaciones ancestrales (Dusko, 1993) y que se apoyaba y destrozaba los entornos ideológicos post-étnicos de la Guerra Fría. El gobierno de Clinton solo tomó una posición fuerte en mayo de 1999 cuando obligó a una intervención de la Fuerza Aérea norteamericana en una operación cobijada en la declaración de guerra de la OTAN contra Serbia, a causa de la brutalidad alcanzada en la limpieza étnica, y ante la ineficacia de las fuerzas internacionales, especialmente las holandesas, después de ocurrido el genocidio de Srebrenica, en julio de 1995, en el que murieron aproximadamente 8 000 personas.

Los fracasos también tuvieron que ver con la reticencia de los Estados europeos a limitar y acabar con la guerra, cuando no era que esta reticencia parecía complicidad, lo que también incluía a la débil Rusia, y que hacía que la situación vivida en Sarajevo entre 1995 y 1999 fuera insostenible. Sin embargo la intervención norteamericana en este conflicto se dio bajo el discurso de estar desarrollando una nueva doctrina de guerra: la de la supremacía aérea como principio para ganar el conflicto, lo que fue de inmediato contradicho por los hechos, pues era evidente que los territorios atacados por aire eran dominados con facilidad por un ejército enemigo de tierra bien entrenado, equipado y altamente motivado con ideales nacionalistas.

Uno de los puntos positivos por el esfuerzo diplomático realizado y la firma de acuerdos fue el encuentro patrocinado por Clinton en 1994 entre la OLP e Israel, en Camp David, luego de los acuerdos de Oslo, y que se constituyó en la base para negociar la creación de dos Estados paralelos. Sin embargo este esfuerzo estuvo marcado por el fracaso toda vez que el conjunto de frustraciones desembocó en la intifada de los territorios palestinos del año 2000 y en el surgimiento de Hamas como un actor terrorista-político vital en la política de Medio Oriente.

Más allá de estos escenarios es clave indicar que en el caso de América Latina, los Estados Unidos dejaron su política exterior para esta región en condiciones de

limitación extrema: en Colombia se presentó una derrota estratégica del Estado en un conjunto de operaciones que demostraron el desarrollado poder militar de la guerrilla y la incapacidad de un Estado gobernado por un presidente cuestionado nacional e internacional de estar financiado por el narcotráfico. En Ecuador se vivió una inestabilidad política crucial, toda vez que en un período de siete años hubo ocho presidentes. Esta racha ecuatoriana se rompió con la llegada al poder de Rafael Correa. En Venezuela se había presentado un golpe de Estado sangriento en 1992 y en 1998 llegó al poder el líder de esa acción anti-institucional y anti-democrática. En México el narcotráfico se afincó abiertamente en un ambiente de connivencia social y estatal y América Central pasó de las guerras civiles de 1970 y 1980 a enfrentar en las décadas de 1990 y 2000 a la delincuencia común organizada en bandas internacionales, conocidas como “maras”, que han estado ligadas al negocio del narcotráfico y a la extorsión. Argentina experimentó una gran inestabilidad financiera y política entre 1998 y 2000. Y finalmente en Bolivia, las huelgas y bloqueos organizados por sindicatos de campesinos e indígenas, obreros, mineros y coccaleros, fueron una constante en medio de una profunda crisis económica y política.

Solo en el caso de Colombia, Estados Unidos reaccionó como una potencia hegemónica al auxiliar a un Estado en amenaza de colapso, creando el programa denominado popularmente como “Plan Colombia”, que permitió una reacción del Estado para contrarrestar las derrotas de 1994 a 1998, aunque este plan solo empezó a funcionar en 1999 con una reforma militar de corte modernizador y orientada a la conquista del territorio.

## **Bush, el 11 de septiembre y la hegemonía suicida**

El cambio de gobierno en Estados Unidos en el año 2000 estuvo marcado por una gran expectativa internacional, siendo avivada por el proceso de fraude electoral que envolvió el final de la campaña, haciendo que saliera elegido como presidente George W. Bush más por una decisión jurídica que por la mayoría electoral. La victoria en el Colegio Electoral federal fue para Al Gore, el candidato demócrata y ex vicepresidente de Bill Clinton.

El gobierno de Bush inició su período de gobierno en enero del año 2001 con una gran confusión de objetivos, tanto en política interna como externa, a la vez

que recibía a una sociedad que se encontraba en expansión, con una economía con pleno empleo y en un auge especial del desarrollo científico-tecnológico. Sin embargo el grupo de asesores que rodearon al presidente George W. Bush estaban más conectados con las premisas y prejuicios ideológicos de la Guerra Fría, que con los desafíos planteados en el siglo XXI, incluso algunos de ellos habían sido asesores de su padre en el período 1999-2002. El cambio más importante se dio en la política exterior, haciendo que ésta fuera asumida por una dirección en la que se privilegió más al Departamento de Defensa que a la Secretaría de Estado, lo que fue visible en la asignación de presupuestos y en la dirección de las determinaciones tomadas, lo que protagonizó en el primer período de gobierno un permanente enfrentamiento entre Colin Powell, general victorioso de la primera Guerra del Golfo y que en ese momento se desempeñó como Secretario de Estado, y Donald Rumsfeld, quien se desempeñó como Secretario de Defensa entre 2001 y 2006.

Los ataques del 11 de septiembre destaparon una situación nueva y que estaba en la misma línea de lo que ya representaban los fracasos de Somalia: una profunda transformación de las realidades de la Posguerra Fría en un nuevo entorno geopolítico. Estos ataques fueron a su vez la mayor penetración terrorista en suelo estadounidense realizada por un grupo extranjero que reivindicaba un discurso y una realidad absolutamente nueva comparada con las medidas y los discursos ideológicos heredados en la segunda mitad del siglo XX. La dimensión de los ataques, su destrucción absolutamente espectacular desde la perspectiva de los terroristas y el impacto global que tuvieron, llevaron a la administración Bush a tomar medidas que superaran las instancias diplomáticas directas. De esta forma, la ONU y otras instituciones, impulsadas por los mismos Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial, quedaron relegadas por la acción directa de la Casa Blanca.

El gobierno de Bush actuó inmediatamente condenando los atentados con términos inadecuados como los de convocar a una nueva “cruzada”, lo que de inmediato creó diferentes actitudes que iban desde el apoyo de grupos cristianos radicales en los Estados Unidos hasta la reacción más anti-norteamericana de los islamistas más extremos. El sentimiento que desató Bush con sus declaraciones se vio plasmado en el nombre que se le dio a la campaña inicial contra el terrorismo: “justicia infinita”. En esas circunstancias era evidente que se había sufrido un ataque con ondas repercusiones, tanto sobre la opinión pública norteamericana y occidental, como en las estructuras y presupuestos de defensa de los Estados Unidos, pues se rompió el mito de la invulnerabilidad estratégica a partir de una acción de guerra no convencional, y se demostró la fragilidad de la sociedad estadounidense para afrontar períodos de grandes crisis como éste.

Para los terroristas que idearon y protagonizaron este ataque el éxito no podía ser mejor: lograron alterar la agenda internacional, y hacer cambiar las prioridades de la defensa, la seguridad y las alianzas diplomáticas. Los días siguientes al 11 de septiembre fueron claves, pues la administración Bush, en medio de la solidaridad y apoyo diplomático recibido por la totalidad de países Occidentales, declaró la que iba a ser su doctrina en política internacional: unilateralismo sobre multilateralismo, junto con la guerra preventiva (Ferguson, 2005) y la creación de una alianza global contra el terrorismo a través de la llamada “guerra contra el terrorismo” (Burleigh, 2008). Dicho irónicamente, estábamos pasando, mundialmente, del “fin de la historia” de Francis Fukuyama (1992), al “choque de civilizaciones” de Samuel Huntington (1997), solo que los dirigentes de la política norteamericana parecían quedarse con el optimismo del primero, desconociendo las complejas realidades indicadas por el segundo. Es importante señalar que la tesis central de Fukuyama se refiere a que con el fin de la Guerra Fría se impondrá en el mundo la democracia de estilo occidental como única forma de organización social y gobierno posible, aunque eso no signifique la terminación inmediata de la violencia. Por el contrario, la tesis de Huntington va dirigida a presentar cómo las implicaciones realistas que desde su punto de vista juegan los factores culturales en reemplazo de los ideológicos que habían ocupado el espectro de lo político en la segunda mitad del siglo XX.

En ese contexto, avalado por la ONU a través de diversas resoluciones, especialmente la 1373 de 2001 y la 1624 de 2003, el gobierno de Bush declaró la guerra contra Afganistán, y estableció las condiciones para declarar posteriormente la guerra contra Irak, creando el grupo de países que denominó el “eje del mal”, conformado por Irak, Irán y Corea del Norte. La guerra contra Afganistán estaba justificada porque allí se encontraba el líder del grupo Al-Qaeda, que había perpetrado los ataques terroristas más graves de los Estados Unidos en su historia, Osama Bin Laden, quien además era protegido por el régimen Talibán surgido de la guerra civil que se emprendió en 1994 patrocinada por Pakistán (Rashid, 2001). El régimen Talibán demostró ser bastante hostil a cualquier tratamiento internacional, e incluso contrario a entrar en el sistema internacional, aunque según las indicaciones del periodista pakistaní Ahmed Rashid (2009), uno de los principales expertos mundiales en Afganistán, sí se intentó que los Talibanes ingresaran a la ONU. Pero más allá del apoyo internacional y del respaldo que inicialmente recibieron los Estados Unidos, éstos actuaron unilateralmente tanto en el plano político-diplomático como en el militar, y se apresuraron a declarar que el objetivo en la guerra de Afganistán, como posteriormente en la de Irak era crear Estados y sociedades democráticas, constitucionalistas, laicas y seculares, quizá dando por sentado que éstos eran los objetivos de cualquier sociedad que

podiera existir en el mundo contemporáneo. Desconocieron deliberadamente la realidad que se imponía mundialmente desde 1979: las sociedades musulmanas se encuentran, desde entonces, en un proceso revolucionario de reconstitución de sus instituciones islámicas, y una parte de estos procesos han estado inspiradas por la revolución shiíta encabezada por el ayatola I. R. Jomeini (Burleigh, 2008). Adicionalmente, las sociedades de Asia Central y Medio Oriente están constituidas por estructuras tribales muy diferentes de las sociedades de masas e individuos que constituyen a las occidentales, y sobre ese presupuesto resultaba imposible establecer objetivos políticos mundiales comunes, aunque Bush y sus funcionarios lo pudiesen llegar a pensar.

La guerra contra el régimen Talibán se inició en octubre de 2001 y se ha prolongado hasta hoy, como una guerra fracasada para los Estados Unidos. Esta guerra se ha perdido por tres razones diferentes: primero, se cometieron errores de concepción, planificación y ejecución militar; segundo, se cometieron errores sobre como consolidar una autoridad nacional fuerte, que sometiera a los “señores de la guerra” y permitiera el surgimiento de un Estado central fuerte; y tercero, la guerra quedó empantanada por la geopolítica secreta de los servicios de inteligencia pakistaníes, a los que los norteamericanos prácticamente no pueden controlar plenamente, tanto por motivos de falta de conocimiento suficiente sobre la región como por el temor a hacer que Pakistán se enojara y limitara cualquier ayuda a las fuerzas norteamericanas y sus aliados. Según Rashid (2009), la guerra en Afganistán siempre se planteó desde el principio como una guerra limitada para darle más fuerza a la guerra que era la prioridad para el gobierno de Bush, la de Irak, como en efecto quedó planteado en la repartición de recursos militares y esfuerzos de reconstrucción de Estados después de 2003.

La guerra contra Irak tenía como objetivo la creación de un régimen democrático, multipartidista, secular y laico, que reemplazara a uno que albergaba armas de destrucción masiva, tenía contactos con grupos de terrorismo internacional y ejecutaba acciones ilegales contra la sociedad iraquí, tales como los bombardeos contra los kurdos iraquíes y otras minorías. Y si bien esta guerra se ganó militarmente con el derrocamiento del dictador Saddam Hussein y la destrucción en pocas semanas del ejército iraquí, se perdió en la posguerra porque se subestimaron las estrategias para contener la violencia en condiciones posbélicas y para eliminar la nueva insurgencia creada con la desmovilización del ejército iraquí. La derrota de Irak ha dejado a los Estados Unidos como el desestabilizador de Asia Central, y en esa medida ha perdido su capacidad de influencia y credibilidad, a lo que se le debe sumar el enfrentamiento con Irán, después de las fases iniciales de cooperación en la guerra afgana, y la pérdida de control sobre los militares pakistaníes.

Adicionalmente a estos escenarios los Estados Unidos minó su capacidad de maniobra diplomática al limitar sus vínculos diplomáticos activos con América Latina, toda vez que esta región dejó de ser una prioridad en sus relaciones internacionales. La excepción a esta condición son México, que desde 1994 ha hecho parte de un tratado de libre comercio junto con Estados Unidos y Canadá; y Brasil, que en su condición de poder hegemónico subregional se ha convertido en un aliado indispensable para diferentes decisiones internacionales, y en especial para mantener un equilibrio básico con otras regiones del mundo. Empero estas relaciones, las políticas norteamericanas, especialmente en el período del gobierno Bush, se estancaron, toda vez que solo consiguieron tener un único aliado en la región para la discutida guerra de Irak, Colombia, a la vez que mantuvieron una posición de desconexión de las tendencias geopolíticas que se presentaban en la región, especialmente las introducidas por dos países antagónicos en muchos sentidos: Venezuela y Colombia.

Colombia llegó a representar para finales de los años de la década de 1990 lo que significaría un Estado fallido: sin control de su territorio, sin capacidad militar e institucional para tomar la iniciativa contra sus enemigos y experimentando la aparición de una sociedad dividida que vive sometida a la criminalidad abierta. Venezuela por el contrario ha pasado por un escenario de compleja transformación política que se inició con el fallido golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 y llegó a un punto de éxito político importante cuando el líder de dicho golpe asumió el poder luego de una elección convencional, en 1998. A partir de esta elección se produjo la consolidación de un escenario de ruptura política y transformación geopolítica, en la que apareció lo que el presidente Hugo Chávez ha denominado en diferentes momentos la “alternativa bolivariana”, y en la que se encuentran países como Ecuador desde la elección de Rafael Correa, Evo Morales desde su elección en nombre del MAS en Bolivia, y Nicaragua desde la elección de Daniel Ortega, además de la Cuba gobernada por los hermanos Castro.

Venezuela alteró la primacía geopolítica de Estados Unidos en América Latina, y por encima de las acciones y los intereses de Brasil en la competencia por convertirse en una potencia internacional con credibilidad, introdujo en la región a tres países, denominados por diversos analistas como jugadores extra-regionales (Malamud, 2005): Rusia, como proveedor de armas para Venezuela y de cooperación contra el narcotráfico en Bolivia; China como proveedor de armas para Venezuela y comprador de materias primas a diferentes países de la región; e Irán, que ha entrado en la región como un jugador desestabilizador demostrado que tiene

alcance global más allá de su entorno inmediato de Asia Central. La entrada de este último país a la región ha reforzado un discurso de carácter anti-imperialista impulsado por Hugo Chávez, y ha creado una nueva esfera geopolítica impulsada desde Teherán que involucra la firma de convenios y acuerdos internacionales con países como Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Bolivia y Brasil. Ante estos cambios la diplomacia norteamericana ha sido reactiva y carente de iniciativa para contrarrestar la pérdida de influencia ante la opinión pública latinoamericana.

En este contexto Estados Unidos parece haber concentrado gran parte de su capacidad de acción geopolítica en Colombia a través de una estrategia de cooperación directa para el restablecimiento del Estado y su control político y militar del territorio, desde el llamado Plan Colombia, negociado desde los gobiernos de Bill Clinton en los Estados Unidos y de Andrés Pastrana en Colombia. Una demostración de la involucración de las diferentes formas de cooperación recibidas por Colombia es el secuestro de tres norteamericanos contratistas para labores de erradicación de cultivos ilícitos, luego de que el avión en el que se desplazaban fuera derribado, y que el colombiano que los acompañara fuera asesinado. Lo mismo es evidente cuando la guerrilla colombiana de las FARC asesinó en febrero de 1999 a tres indigenistas norteamericanos que trabajan con la etnia U'wa en una región fronteriza con Venezuela.

En una dimensión global, la hegemonía de los Estados Unidos comenzó a registrar un gran déficit frente a la potencia internacional que se suponía que ejercía, y de esta forma comenzaba a quedar claro que la victoria mostrada frente a la URSS al finalizarse la Guerra Fría se fue disolviendo, lejos de fortalecerse, haciendo que fueran surgiendo nuevas competencias geopolíticas, más interesadas en los escenarios regionales concretos, y menos dirigidas a una hegemonía global abstracta. De esta forma el gobierno de Bush perdió las guerras de Afganistán e Irak, no comprendió los movimientos de la nueva economía haciendo que aumentara la dependencia financiera norteamericana de poderes internacionales competidores, tales como China y Japón, y logró aislar a los Estados Unidos en un incomprensible movimiento de “neointervencionismo” que derivó en “unilateralismo aislacionista”. Desde el punto de vista económico el gobierno de Bush supuso un estancamiento en el proceso de desarrollo alcanzado por los Estados Unidos desde la década de 1980 como protagonista de la Tercera Revolución Industrial, pues llevó a recortes sustanciales en los fondos para la investigación científica, lo que permitió que otros competidores tales como India, China y Japón se reacomodaran en el nuevo escenario de competencia económica mundial.

## Obama y el sueño del liderazgo global renovado

Uno de los acontecimientos más importantes de la política internacional en los años 2008 y 2009 fue el surgimiento de la figura de Barack Obama, el primer candidato demócrata mestizo, popularmente asumido como negro, que contó un gran respaldo de las elites del Partido Demócrata y con un evidente apoyo popular, representado por millones de jóvenes que veían en el joven candidato a una figura renovadora. Y en efecto, durante 2008 se produjo una evolución importantísima de la política de los Estados Unidos al despertar el interés mundial con una figura que simbolizaba valores, ideales y compromisos políticos opuestos al desgastado e internacionalmente detestado gobierno de Bush. Obama ganó especial relevancia cuando derrotó en las elecciones primarias de este partido a la favorita Hillary Clinton, con lo que se consolidó como una figura de proyección global. Luego se confrontó con un candidato sin carisma que representaba al Partido Republicano, John McCain, quien además tampoco contaba con un apoyo unánime de su partido, y que terminó perdiendo terreno frente a su candidata para la vicepresidencia, la gobernadora de Alaska Sarah Palin.

La victoria de Obama se convirtió en un fenómeno que fue seguido no solo por los votantes norteamericanos sino por la opinión pública mundial, haciendo que la ruptura del mito de la presidencia excluyente de los Estados Unidos tuviera un alcance mundial. Y tal y como el mismo Obama lo estableció en su discurso de victoria, generó una ola de optimismo en medio de una de las más profundas crisis económicas, políticas y de seguridad del mundo contemporáneo.

Empero esta condición de excepcionalismo de la victoria de Obama, su política internacional se ha encontrado con realidades complejas en las que la toma de decisiones no está necesariamente acompañada de la certeza. En el panorama de Afganistán la apuesta de Obama, lejos de cumplir su promesa imposible de terminar la guerra, ha consistido en crear una nueva estrategia implementada a partir de enero de 2010, y cuya aplicación llevó a enfrentamientos difíciles con el comandante norteamericano en dicho país. Esta situación está acompañada del hecho de que las tropas europeas bajo el mando de la OTAN han tenido muy poco efecto, cuando no es que ese efecto ha sido contraproducente para ganar la guerra, e incluso para el desarrollo de la campaña electoral presidencial afgana de finales del año 2009.

En cuanto a la guerra en Irak, la posición de Obama fue la de acelerar la terminación oficial de la guerra por parte de su país, haciendo que a mediados del

mes de agosto de 2010 se ordenara la salida de las tropas y transfiriendo de forma definitiva el poder y el control al recientemente creado ejército iraquí. Adicionalmente a este escenario el gobierno de Obama se debió enfrentar a las consecuencias que supuso la guerra Rusia vs. Georgia de agosto de 2008, que modificó los escenarios de acción de Estados Unidos en Asia Central y Europa Central, al igual que a la radicalización de los desafíos de Corea del Norte, que entre los años 2009 y 2010 ha llevado a crear una condición prebélica en la península coreana, especialmente luego del hundimiento de un buque de la Armada surcoreana hacia el 21 de marzo de 2010. Adicionalmente el crecimiento económico de China e India comienza a dejar secuelas de un rezago permanente en la recuperación económica norteamericana, que acrecienta su endeudamiento externo, especialmente con el primero de estos países.

En el contexto de América Latina el gobierno de Obama se ha visto confrontado y desafiado permanentemente por Hugo Chávez, aunque terminó restableciendo relaciones con su gobierno en el primer semestre de 2010, a la vez que iniciaba unas relaciones llamadas “especiales” con Brasil. A pesar de estos avances, en el año 2009 se vio arrastrado de forma improvisada a la crisis generada por la caída del gobierno de Manuel Zelaya por un golpe de Estado concertado entre el Congreso, las Fuerzas Militares y los sectores judiciales de Honduras. La falta de contundencia de Estados Unidos para responder a lo sucedido y evitar la profundización de la crisis política por el golpe, dejaron claro que el esperado gobierno de Obama, al igual que sus dos predecesores, carecía de una política adecuada, creíble y sostenible para América Latina.

Aún están por verse las implicaciones que para el escenario de Asia Central tendrá la salida de las tropas norteamericanas. La más previsible será para Irán que intentará aprovechar un espacio abierto, pues su competidor inmediato, el Irak fuerte de Hussein, desapareció y el enemigo global de su régimen se ha retirado del ámbito subregional, y otros competidores como Pakistán se encuentran en una grave secuencia de diferentes crisis: amenaza de talibanes internos, insurgencias islámicas de diverso cuño, y expansión del terrorismo internacional, además de una nueva crisis económica y social desestabilizadora. Dicho de otro modo, el gobierno de Obama, y pesar de los esfuerzos de su Secretaria de Estado, Hillary Clinton, por restablecer la confianza internacional en las instituciones multilaterales, aún logra poco éxito y no tiene una respuesta que pueda resolver los dilemas que se le plantean a una potencia de supuesto alcance hegemónico global, si es que tal cosa existe.

## La posguerra fría: más allá del mito de la hegemonía de EEUU

La imparable contingencia de los hechos del mundo contemporáneo, impredecible para todos los más avezados conocedores y observadores del mundo, nos obliga a detenernos en dos lógicas internacionales relevantes en el contexto de las décadas de 1990 y 2000: primero, los Estados Unidos son un gran poder, pero solo es *primus inter pares*. Es decir, si bien han jugado, e incluso se han creído el Estado con capacidad para dirigir el mundo<sup>9</sup>, los desafíos de la realidad son mucho más complejos, y el mundo demasiado grande, relativizando las creencias de la supuesta aldea global.

Se trata de mirar entonces, con apoyo de datos cuantitativos, que fuerte es la posición de los Estados Unidos y que tan solo está efectivamente en la cabeza del mundo hoy, mirado desde su competencia<sup>10</sup>. El segundo fenómeno internacional importante es que en más de dos terceras partes de las sociedades contemporáneas, los partidos políticos laicos y seculares han sido desplazados por movimientos de diverso orden que se inscriben entre las denominaciones de nacionalismos religiosos y fundamentalismos. A estas denominaciones se han agregado los renovados espíritus de las luchas y las diferencias nacionalistas. Y es en este contexto de transformación política donde se ubican la mayoría de las escenas de violencia colectiva, actos de guerra y fragmentación del poder estatal, cuando no su entierro definitivo (Peñas, 1997).

El problema principal para los Estados en este escenario es que las condiciones de la simetría comienzan a dejar de ser prioritarias en el contexto de las políticas de seguridad y son desplazadas por la necesidad de contener las disoluciones interiores, al estilo soviético, yugoslavo, o como en el fantasma afgano. Pero quizá el problema más importante es que los ejércitos de la segunda mitad del siglo XX, empezando y terminando por los de Estados Unidos y la antigua URSS y actual Rusia, fueron diseñados, preparados, entrenados y armados para una guerra de contención en el marco de la Guerra Fría. Esto ha conllevado a que en el marco de los conflictos interestatales el liderazgo de los EEUU sea incontestable, aunque

---

9 Quizá este es el sentido del llamado que Brzezinski hace en la política norteamericana cuando habla de la política norteamericana como una política encabezada por presidentes de alcance global.

10 El mismo Brzezinski reconoce esta situación y tratando de dilucidar esos desafíos a los que se enfrentaría los Estados Unidos, presentó dos trabajos especialmente críticos: *El dilema de EEUU. ¿dominación global o liderazgo global?* y *The Geostategic Triad: Living with China, Europe, and Russia*.

seguido de cerca por países como Rusia, China, e India. Pero la mayoría de los conflictos en la Posguerra Fría no son de carácter interestatal, sino que son conflictos de carácter intra-social o incluso en zonas de frontera de confuso dominio. En tal situación las fuerzas militares en sentido convencional, y como se desarrollaron en el siglo XX, son realmente inservibles (Hirst, 2004).

A esta situación se suma la transformación que ha supuesto la aparición de una nueva tecnología nuclear, tendiente a crear armamentos portátiles y reemplazar los viejos sistemas misilísticos por sistemas novedosos, más precisos, guiados, con mayor autonomía y con capacidad de destrucción regulada en el establecimiento de objetivos específicos. Uno de los países más beneficiados con este cambio, al parecer, puede ser Rusia, que a la vez que se deshace de gran parte del arsenal heredado del siglo XX, se rearma en medio de la renovación tecnológica de su sector industrial militar. Igualmente China ha venido experimentando una clara renovación militar y tecnológica, tendiente a dotar a la República Popular de China de un ejército que hipotéticamente sea capaz de enfrentar una lucha en dos o tres frentes simultáneos, a la vez que jugar el papel de contención y disuasión, para lo que ayudará de forma directa el levantamiento del embargo de armas impuesto por la Unión Europea, desde 1989, y que se renegocia desde finales del 2005.

Pero más sorprendente ha sido el papel que han jugado países de mediana importancia como Irán, que se encuentra en el camino de crear un poder nuclear, aunque oficialmente dirigido a programas civiles. Sin embargo, el papel de las armas nucleares en manos de los modernos persas, líderes de una de las corrientes del islamismo más exitosa, dotaría a Irán de una posición de invulnerabilidad contra enemigos inmediatos como India, China, Rusia y Arabia Saudita, aunque no menos importante la competencia con Turquía. Y en un juego similar ha estado Corea del Norte, que ha desarrollado un programa nuclear y misilístico en apariencia exitoso, dirigido a dotar al régimen de Pyongyang de la seguridad necesaria para sobrevivir en un mundo donde la soledad política se agranda y los peligros de una intervención internacional se acrecientan.

Sin embargo este panorama lo que hace es demostrar que en la Posguerra Fría se impone un vacío internacional, solo contenido por el fantasma de las intervenciones, en ocasiones presentadas sobre la idea de las acciones humanitarias, y otras veces en defensa de la imagen del poco funcional orden internacional del siglo XX. Aquí se marca el primer punto de la ambigüedad contemporánea con respecto a las reformas militares y la concepción de la seguridad hoy, pues si bien es cierto que se acrecientan las exigencias de fuerzas militares exitosas y bien equipadas, el grueso de los conflictos y de las actividades bélicas parece ir por tendencias.

## Guerras del siglo XXI

Mary Kaldor (1999) acuñó con éxito el término de “nuevas guerras” a finales de la década de 1990, y lo hizo con base en la evaluación de las experiencias de guerra que se presentaron en la disolución de la antigua Yugoslavia. Este concepto fue útil para describir situaciones que parecían no tener equivalente alguno, de acuerdo con las condiciones en que se habían desarrollado los conflictos interestatales desde el siglo XVI, y las nociones de guerra elaborados en el contexto de un mundo dominado por Estados. Pero, con el final de la Guerra Fría y la desaparición de núcleos ideológicos que daban sentido a formas específicas de la contención internacional, en muchas zonas del mundo en vías de desarrollo aparecieron síntomas de que ciertos Estados habían sido artificios creados en la ola descolonizadora signada por la Guerra Fría. Estos artificios políticos se fueron mostrando, a lo largo de la década de 1990, como incapaces de contener los procesos de violencia y actividades bélicas que se presentaban en sus sociedades, en muchas ocasiones altamente fragmentadas por la presencia de diferentes formas del crimen internacional, motivaciones no estrictamente políticas como las nacionalistas, religiosas, étnicas y otras más.

Kaldor sostiene que las nuevas guerras son un fenómeno de la Posguerra Fría, y que como tal se definen alrededor de tres elementos: Primero, aparece el uso de políticas identitarias como elemento que motiva a la acción, fragmenta la población, y permite generar un enfrentamiento de una parte de la población contra otra. Segundo, la violencia es descentralizada, ejercida por milicias y por bandas criminales, y en algunas ocasiones por fuerzas regulares. Esto hace que no exista una diferencia clara entre guerra política, crimen organizado, delincuencia común y violación de los derechos humanos. Pero lo primordial es que la violencia no es dirigida contra enemigos armados, sino contra los civiles, gracias a que la violencia vuelve a ser un recurso privado. Tercero, estas guerras se desarrollan en escenarios donde los Estados de alguna forma han fracasado y no logran contener la emergencia de una economía de guerra.

Paul Hirst ha señalado que el término de nuevas guerras desarrollado por Kaldor tiene dos problemas principales:

Primero, Hirst afirma que las nuevas guerra de Kaldor coinciden con los problemas que vienen de la era colonial, o de los tratados de paz al final de la Primera Guerra Mundial, o de los conflictos abiertos en la época de la Guerra Fría. Incluso en el estudio detenido que hace Kaldor de las guerras de disolución de Yugoslavia se encuentra un vacío importante: estas guerras son una consecuencia directa de los tratados firmados luego de 1918 y que dieron lugar a un Estado artificial, co-

hesionado con una nación ilusoria e inestable ya desde antes de los acontecimientos de 1939. Luego, en el período de la Segunda Guerra Mundial, este Estado y las naciones que lo conformaban se involucraron en una guerra civil que fue ganada por el bando de J. Tito, dirigente comunista, que intentó con éxito reconstruir el Estado Yugoslavo, pero sobre la base de la contención de los conflictos étnicos entre las diferentes nacionalidades, federalizando el país (Hirst, 2004).

En esta dirección Herfried Münkler (2005) es más directo, y abre su libro con la siguiente afirmación: “Casi todas las guerras que durante un tiempo mayor o menor han requerido nuestra atención en los últimos diez o veinte años se han desarrollado en los márgenes o en los puntos de fractura de los imperios que, hasta el comienzo del siglo anterior, dominaban el mundo y se lo habían repartido entre ellos” (p. 7). Y más adelante, como si decidiera ampliar la consideración de Hirst, continúa afirmando: “Del definitivo hundimiento del Imperio otomano al final de la Primera Guerra Mundial no surgieron únicamente los territorios, plagados de conflictos y guerras, de los Balcanes y el Cáucaso, sino también los numerosos enfrentamientos de Oriente Medio, entre los que el conflicto de Palestina es, desde hace tiempo, el más importante y peligroso”.

Y segundo, las nuevas guerras se conforman sobre una combinación de elementos confusos, en muchos casos contramodernos, y que no son producto únicamente de la primacía de un solo interés, que para Kaldor es principalmente el económico representado por las actividades mafiosas. Hirst señala cómo en el caso de Yugoslavia el uso del término de “tensiones étnicas”, en especial el de “limpieza étnica”, no lo inventaron personajes como Slobodan Milosevic, sino que ya tenían una trayectoria resaltada a lo largo del siglo XX y presentaba los elementos de diferenciaciones étnicas heredadas del Imperio Otomano. Para Münkler, muchas de las llamadas nuevas guerras se mantienen en pie en la medida en que combinan diversas situaciones tales como “ansias de poder personales, convicciones ideológicas, contraposiciones étnico-culturales, así como codicia y corrupción, y a menudo se emprenden por objetivos y fines que no son reconocibles” (p. 9).

Pese a las observaciones anteriores, el mismo Hirst ha señalado que el trabajo de Kaldor tiene la ventaja de ser claro y coherente, dirigido a sostener la argumentación necesaria a favor del concepto de intervención humanitaria, reforzado por normas cosmopolitas, en las que aparezcan “islas de civilidad” en medio de los países afectados, patrocinadas por instituciones transnacionales. Sin embargo el problema de la caracterización de los conflictos internacionales contemporáneos está a mitad de camino, cuando no en una situación ambigua con respecto a la denominación de nuevas guerras, dadas las características que éstas presentan.

En el examen de Münkler se destacan algunas de las características, definidas de la siguiente forma:

Uno. Gran parte de las llamadas nuevas guerras se presentan en zonas donde han fracasado los intentos de construir Estados modernos, incluyendo la totalidad del territorio como en Afganistán, Angola o Sierra Leona, o en parte del territorio como en Colombia, según los análisis de algunos observadores. El fracaso de estos Estados fallidos, como han venido a denominarlos diversos teóricos de dicha perspectiva, combina algunos de diversos factores: la corrupción de las elites, el fracaso en la globalización económica, la pervivencia de tribalismos sociales, la persistencia en la valoración de las diferencias étnicas, mantenimiento de las rivalidades religiosas, éxito económico de las economías ilícitas frente al fracaso de las economías legales de generar riquezas, crecimiento y redistribución económica.

Dos. Las nuevas guerras son básicamente de carácter intrasocial. En muy pocas ocasiones son de carácter interestatal, y las de esta condición han sido pocas en la Posguerra Fría, de rápida terminación, pero continuadas en la situación de guerras intrasociales, y vinculadas a la separación de los grupos sociales por diferentes motivos y mecanismos. De esta forma, en las nuevas guerras los protagonistas, que son grupos privados e ilegales de acción bélica, se dirigen a mantener una condición estratégica defensiva en su proyección militar. Es decir, su fin no está en terminar el conflicto y firmar un acuerdo de paz, sino en mantenerlo, pues es el conflicto mismo el que provee acceso a los recursos ilegales, aquellos que los Estados fracasados o débiles no pueden controlar.

En la comparación que hace Münkler de las nuevas guerras con las guerras de formación estatal de la modernidad, se observa que mientras las últimas en general tendieron a consolidar y crear estructuras institucionales, limitando cada vez más la prolongación y la alteración de la vida diaria que causaban los conflictos bélicos, los primeros están orientados a vivir de y en el conflicto. En esto existe además una condición económica que permite la duración casi ilimitada de tales situaciones: la economía de guerra en las nuevas guerras se caracteriza por elevadas tasas de desempleo, alto nivel de importaciones y una administración débil, fragmentada y descentralizada (p. 17).

De esta forma, la violencia no es guerra sino actividad bélica de control de recursos en medio de una economía de guerra que se alimenta de diversas actividades, entre las que se encuentra tanto el crimen internacional como la apropiación de ayuda a refugiados y víctimas. Esto es, las principales actividades de enriquecimiento en estas economías de guerra va asociada a narcotráfico, tráfico

ilegal de armas, tráfico ilegal de servicios sexuales, inmigrantes, órganos y tejidos, como también a la apropiación de las ayudas entregadas por agencias como la ONU y organizaciones similares. Esto es posible en la medida en que las nuevas guerras no son practicadas por ejércitos en el sentido moderno, sino por grupos armados dirigidos por “señores de la guerra”.

Tres. La violencia legalizada, desde finales del siglo XX hasta hoy, ha experimentado una fuerte transformación e incremento en su privatización, gracias al surgimiento de grupos de mercenarios y compañías especializadas en resguardar áreas, construcciones, organizaciones y personas (p. 28). Pero en especial los mercenarios han resurgido como una figura que no solo lucha por la paga, sino porque la oportunidad de afiliarse a un bando en confrontación y de participar en situaciones de enfrentamientos bélicos los atrae con fuerza, como quedó evidenciado en el conflicto de los Balcanes en la década de 1990. Algunos de estos mercenarios provienen de empresas como Control Risks Groups, Defence Systems Ltd., Sandline Internacional, Gurkha Security Guards, y otros más, cuyos planes de acción y oferta de programas de seguridad pueden incluir aeronaves, dotación marítima y personal especializado en sistemas. Pero en esta categoría también se cuentan los diversos grupos de *muyahidin* que han participado en los diferentes conflictos islámicos que se han presentado en las últimas décadas, muchos de los cuales han sido pagados con recursos provenientes de Estados petroleros o con ingresos que provienen de redes de blanqueo de dinero, venta de opio, etc.

Cuatro. En el contexto de los conflictos bélicos contemporáneos se ha presentado una situación paradójica de cara al control de los escenarios de violencia y actividad bélica: se definen sobre la base de la asimetría. Mientras que en el período estatal, descrito inicialmente, el problema de la simetría era fundamental para cualquier Estado en aras de alcanzar una respetabilidad internacional, y en esa medida mantener una condición creciente de credibilidad de su capacidad y disciplina militar, la mayoría de los grupos de hoy cifran su actividad en términos de una asimetría constante. Esto hace que la mayoría de las armas utilizadas hoy no sean los costosos equipos militares que son exigidos a los Estados para los enfrentamientos militares sino armas ligeras, armas de artillería pequeñas y fáciles de transportar y armas hechizas, generadas en una producción artesanal.

Como Münkler destaca, una de las situaciones más reveladoras de cómo los grupos ilegales que hoy ejercen una acción bélica en diversos conflictos con cierto grado de éxito, se encuentra en el llamado efecto Mogadiscio, referido a la derrota que los militares de EEUU sufrieron a manos de los guerreros indisciplinados y tribales de Somalia, comandados por un poderoso señor de la guerra, que además

estaban dotados básicamente de armas ligeras, y en cuyas filas militaban diversos niños soldados. Esto supuso un golpe moral directo al prestigio de los militares norteamericanos, pero más aún a la sociedad norteamericana, que a pesar de contar con un ejército bien dotado para la guerra interestatal, se encuentra mal preparado para los conflictos contemporáneos, y presionado por una opinión pública derrotada desde las pantallas de la televisión.<sup>11</sup>

Según el análisis de Münkler (2005), el efecto Mogadiscio tuvo influencia sobre el pensamiento de Osama Bin Laden y aquellos islamistas radicales que han sabido sopesar el efecto mediático de la violencia convertida en noticia, asociándola también con la experiencia de causar terror ilimitado ante la incapacidad de los Estados para actuar en términos eficientes de contención. De esta forma las imágenes y la información de la guerra se convierten en elemento clave en la asimetrización de la violencia, fortaleciendo, más que a los Estados, a los grupos ilegales armados. Al respecto Münkler afirma: “El punto culminante hasta ahora de esta asimetrización lo constituye la transformación, conseguida el 11 de septiembre, de aviones civiles de pasajeros en bombas, y de rascacielos de oficinas en campos de batalla” (p. 38).

Esta transformación, y teniendo en cuenta la exposición alcanzada por los medios mundiales de información, constituyeron una doble victoria de los islamistas internacionales y de las formas de violencia que desafían a los Estados y las instituciones encargadas de la seguridad en las sociedades contemporáneas. La noticia fue a la vez narración de los victoriosos y sometimiento de la opinión pública. De esta forma, la asimetría se compensa con las grandes ganancias políticas de la información y la mediación noticiosa, y los bajos costos políticos, económicos, militares y tecnológicos de las acciones cometidas.

Asociadas a los puntos anteriores, se pueden señalar dos características adicionales que profundizan lo ya indicado: de una parte aparece el concepto de “guerras salvajes”, utilizado para indicar el uso indiscriminado y radical de la violencia, en el que no solo se inflige violencia contra las víctimas sino que se realiza de las formas más aterradoras posibles, utilizando los mecanismos y los aparatos propios de otras actividades, ya sean agropecuarias, industriales o de laboratorios. Aquí se pueden citar tanto los casos de los grandes genocidios en África central en la década de 1990, como los campos de concentración construidos en Yugoslavia en las guerras de separación en el mismo período.

---

11 Sobre el efecto de las derrotas morales de los EEUU en la década de 1990, véase el trabajo de Ferguson (2005).

De otra parte igualmente se utiliza, en el mismo marco de las guerras salvajes, el efecto de la violencia sexual como mecanismo de sometimiento, vejación y destrucción de las posibilidades de restauración de la vida entre aquellos a quienes se les aplica tales medidas. En los casos de la limpieza étnica, la violación es asimismo el seguro para que el destierro sea efectivo, se destruyan las posibilidades de reconstrucción de la vida y se anulen las condiciones de reproducción de los grupos enemigos. De esta manera las fronteras de un delito como la violación y la práctica de la limpieza étnica, asociada en muchos casos a limpieza cultural en cuanto destrucción de la memoria y de todo aquello que la pueda reconstruir, como la Biblioteca Nacional de Bosnia en pleno conflicto yugoslavo, se han borrado y se constituye un acto que es parte de una pieza que no tiene fin sin la eliminación cultural del otro<sup>12</sup>.

## Consecuencias no previstas

En todo el contexto planteado es posible señalar una consecuencia que no era visible a comienzos de los años de la década de 1990: los hechos que han ido caracterizando a la Posguerra Fría, y puesto en una perspectiva histórico-cronológica, al siglo XXI, han demostrado que la adjudicada potencia global y la hegemonía unipolar de los Estados Unidos no han bastado para crear un “nuevo orden internacional”, y por el contrario han abierto una competencia geopolítica en la que han aparecido un grupo importante de grandes potencias, de sociedades de gran tamaño y de juegos políticos que están más allá de la comprensión del mundo Occidental. De esta forma es evidente que la economía y la demografía están entre los factores que potencian el poder de países como China, India e incluso Brasil. Pero de otra parte el Estado heredero de la URSS, la Rusia postsoviética, está haciendo esfuerzos por recuperar el lugar perdido, presionando sobre los Estados perdidos en Asia Central y Europa Oriental, y tratando de obligar a los Estados Europeos a mantener negociaciones y relaciones económicas directas.

Pero más allá del enfoque estatal de la política internacional, uno de los factores más importantes en la política internacional es el papel que juegan factores como la identidad y la religión, y en esta última la gran capacidad movilizadora

<sup>12</sup> Juan Goytisolo ha contado con narrado con maestría los horrores y las sendas de las guerras salvajes sobre Bosnia-Herzegovina en *Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie* (1993). Este texto fue luego recogido en un libro de crónicas de guerra del mismo autor, titulado: *Paisajes de Guerra. Sarajevo, Argelia, Palestina, Chechenia* (2001).

del Islam. Igualmente tienen un rol destacado otras características contemporáneas como el terrorismo, las diversas formas de guerra y el impacto global de las economías ilícitas contemporáneas. En últimas, el orden internacional y las tendencias geopolíticas del siglo XXI están camino sobre la diversidad, la imprevisibilidad y la multiplicidad de escenarios, en donde el llamado “efecto mariposa” puede ser tan real como cualquier conflicto internacional, como lo demostró la guerra aparentemente sin importancia de Rusia Vs. Georgia de 2008.

## Referencias

- Bacevich, A. (2003). *American Empire: The Realities and Consequences of U.S. Diplomacy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bowden, M. (2010). *Black Hawk Down: A story of modern war*. California: Monthly Press.
- Brzezinski, Z. (2000). *The Geostategic Triad: Living with China, Europe, and Russia*. Washington: CSIS.
- \_\_\_\_\_. (2005). *El gran dilema*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Tres Presidentes: La Segunda Oportunidad Para la Gran Superpotencia Americana*. Madrid: Paidós.
- Burleigh, M. (2008). *Sangre y rabia. Una historia cultural del terrorismo*. Madrid: Taurus.
- Castells, M. (1997). *La era de la información*. Tomo I. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Dusko, D. (1993). Yugoslavia: New war, old hatreds. *Foreign Policy*, 91, pp. 3-23.
- Ferguson, N. (2005). *Coloso: Auge y decadencia del imperio norteamericano*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Goytisolo, J. (2001). *Paisajes de Guerra. Sarajevo, Argelia, Palestina, Chechenia*. Madrid: Aguilar.
- \_\_\_\_\_. (1993). *Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie*. Madrid: Aguilar.
- Gaddis, John Lewis. (2006). *The Cold War: A New History*. New York: Penguin.
- Hirst, Paul. (2004). *War and Power in the 21st Century*. Cambridge: Polity.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Madrid: Paidós Ibérica.
- January, Brendan. (2007). *The Iranian Revolution*. Minneapolis : Twenty-First Century Books.
- Kaldor, Mary. (1999). *Las Nuevas Guerras: Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Kissinger, H. (1994). *Diplomacia*. New York: Simon and Schuster Paperbacks.

- Lavoy, Peter. (2009). *Asymmetric Warfare in South Asia: The Causes and Consequences of the Kargil Conflict*. New York: Cambridge University Press.
- Lewis, J. (2006). *The Cold War. A new history*. Ciudad: The Penguin Press.
- MacMillan, M. (2008). *Nixon and Mao: the week that changed the world*. New York: Random House Mondadori.
- Malamud, C. (2005). Los actores extrarregionales en América Latina (I): China. *Cidob, Casa Asia y Real Instituto El Cano*. Documento de Trabajo No. 50.
- Marti, Michael. (2002). *China and the Legacy of Deng Xiaoping: from Communist Revolution to Capitalist Evolution*. Virginia: Dulles.
- Münkler, Herfried. (2005). *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Nye, J. (2003). *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.
- Peñas, Francisco. (1997). *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Poch de Feliu. (2003). *La gran transición. Rusia, 1985-2002*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Rashid, A. (2001). *Los Talibán: El Islam, el petróleo*. Barcelona: Península.
- \_\_\_\_\_. (2009). *El nuevo gran juego en Asia Central*. Barcelona: Quinteto.
- Sarma, N. & Banaerjee, B. (2009). *Nuclear Power in India: A critical History*. New Delhi: Penguin- Viking.
- Scott, J. (Ed.) (1998). *After the End. Making U.S. foreign policy in the post-cold war world*. Durham, NC: Duke University Press.
- Singh, G. (2008). *Pakistan nuclear disorder: weapons, proliferation and safety*. Lancer Publishers.
- Baldev Raj Nayar. (2001). *India and the Major Powers After Pokhran II*. New Delhi: Publisher: Har Anand Publications.